

A close-up portrait of Simón Bolívar, the Venezuelan revolutionary leader, with a serious expression. He has dark, wavy hair and a prominent mustache. The background is a faded, larger version of his face.

Desarrollo de la Guerra Social y el papel de Bolívar

Juan Bosch

ediciones
MINCI

Colección
Afrenderos de Bolívar

Desarrollo de la Guerra Social y el papel de Bolívar

Juan Bosch

Colectión
Herederos de Bolívar

Colección: Herederos de Bolívar
Ediciones MinCI

Ministerio del Poder Popular
para la Comunicación e Información
Final Bulevar Panteón, Torre
Ministerio del Poder Popular para
la Comunicación e Información.
Parroquia Altagracia, Caracas-
Venezuela.

Teléfonos (0212) 802.83.14 / 83.15
Rif: G-20003090-9

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República
Bolivariana de Venezuela

Jorge Rodríguez

Vicepresidente Sectorial
de Comunicación y Cultura (E)

Estela Ríos

Viceministra de Planificación
Comunicacional

Kelvin Malavé

Director General de Producción
de Contenidos

Saira Arias Díaz

Directora de Publicaciones

Luisana Castro

Edición y corrección de textos

Luis Manuel Alfonso y Saira Arias

Diseño de colección

Saira Arias

Diagramación

Depósito Legal: DC2019001636

ISBN:

Edición digital en la República
Bolivariana de Venezuela
Caracas, septiembre de 2019

ediciones
MinCI

Septiembre de 2019

Nota Editorial

La Colección Herederos de Bolívar nace para conmemorar la obra y pensamiento de nuestro Libertador, a través de quienes le han leído, es decir, nosotros, que somos parte de ese género humano, fruto del mestizaje. Reconocemos así la importancia del inmenso legado de integración y búsqueda por construir un mundo mejor.

Esta oportuna iniciativa muestra los ideales libertarios y revolucionarios presentes en las constantes reflexiones del Libertador, que aún se mantienen en la Venezuela actual. Y sin duda, sirven como modelo reformador para nuestra sociedad.

Sus ideales se integran al país por medio de una columna firme de sabiduría, basada en la ciencia de crear y conservar el referido ideario de libertad que permita al pueblo comprender la importancia histórica y política de esta Patria.

EL AÑO TERRIBLE DE VENEZUELA

I 814 fue el año en que la guerra social venezolana alcanzó su mayor profundidad de horror y destrucción, y por lo mismo es el año determinante en la vida de Simón Bolívar. Las huellas que dejó el 1814 en el ánimo del Libertador iban a producir varias repúblicas americanas. El recuerdo de la ferocidad desatada por los llaneros de Boves le empujó hasta las alturas de Potosí, en los Andes del Sur.

Simón Bolívar había recibido de la municipalidad de Caracas el título de Libertador y el de capitán general de los ejércitos republicanos en octubre de 1813, cuando acababa de cumplir treinta años; y en esos días comenzaba a destacarse en los Llanos como jefe de hombres del pueblo el asturiano José Tomás Boves, que también cumplía treinta años. Como Simón Bolívar, Boves había nacido en 1783.

Boves era el anti-Bolívar; no porque se enfrentara a éste en la guerra, ni porque él hubiera abrazado la bandera del rey mientras Bolívar abrazaba la de la república; no porque él fuera inculto y el otro cultísimo, él español y el otro criollo, él pobre y Bolívar rico; sino porque Bolívar pensaba y actuaba en términos de sociedad, y por eso su lucha se dirigía a la creación de un Estado, y Boves sentía y actuaba en términos de masa, y esa masa se hallaba en guerra contra la sociedad de la cual había sido parte.

La masa no es la sociedad; no lo es en ningún momento histórico. La masa está contenida en la sociedad, lo que quiere decir que es parte de ella; y nunca la parte es e. todo. Puede suceder que la parte insurja y someta el todo a su dominio, pero en situaciones normales la parte no se rebela ante el todo. Si la parte —esto es, la masa— se rebeló en Venezuela contra el todo —es decir, la sociedad— se debió a que los

tiempos no eran normales; y cuando lo fueron, antes de la rebelión de la masa, los que se beneficiaban eran una minoría que sostenía a hierro y sangre una organización social intolerable, que no permitía el menor cambio.

La época apropiada para sostener una organización social como la mantuana había pasado ya, y sin embargo los mantuanos se empeñaban en sostener sus privilegios y no alcanzaban a darse cuenta de que la masa del país se hallaba en insurgencia contra ellos, y cuanto más oposición encontrara la masa en su insurgencia, más dura sería en su decisión de destruir la sociedad mantuana.

La masa es siempre un enemigo oculto o abierto del Estado, es decir, de la sociedad organizada. Esto se debe a que la masa es la depositaria de los innumerables resentimientos que provoca la sociedad organizada. En una organización rígida y cerrada, como era la sociedad mantuana, donde el individuo sometido a las leyes de los privilegiados no podía hacer oír sus quejas o sus reclamaciones, por justas que fueran, en los centros directores de la sociedad, la masa se convierte fácilmente en un depósito de resentimientos que pueden hacer crisis ante cualquier provocación, y la provocación puede estar en agresiones exteriores —una guerra internacional, por ejemplo— o en conmociones políticas domésticas. El poder ofensivo de la masa venezolana de 1813 fue proporcionado a los resentimientos que esa masa había estado acumulando durante los años del predominio mantuano.

Si se le presenta una coyuntura que le permita usar su poder, la masa resentida se vuelve contra la sociedad, la desorganiza y la destruye, que es lo que en fin de cuentas ha sucedido en las pocas grandes revoluciones que conoce la historia. Dejada a su propio impulso, e independizada ya de la sociedad, la masa, como un satélite salido de

su órbita que de pronto arremete contra el planeta madre, se lanza a chocar con la sociedad. La masa venezolana se hallaba saliendo del orden social mantuano cuando Monteverde la impulsó a la pelea contra ese orden social. Entre 1812 y 1813, la masa venezolana quedó disparada fuera de órbita y lista a arremeter contra el planeta madre a que había vivido sometida hasta entonces. Al mismo tiempo sucedía que ya no existía el orden social mantuano —aunque seguían sobreviviéndole las familias mantuanas— porque de hecho la sociedad mantuana se había desintegrado al rebelársele la masa. Esto no lo sabía y quizá ni siquiera lo sospechaba Simón Bolívar cuando entraba en Caracas, vencedor de Monteverde. El joven caudillo bajaba de los Andes con la idea de un Estado fuerte, pero sucedía que unos pasos más allá de los cuarteles en que acampaba la tropa que había hecho bajo su mando la Campaña Admirable, había sólo un vacío político, y eso se debía a que ya no existía la sociedad que debía dar sustento al tipo de Estado que Bolívar pretendía edificar.

La sociedad venezolana se había desintegrado; por tanto, Bolívar era el jefe de las fuerzas armadas de un Estado que no podía organizarse, pues el Estado es la expresión jurídica y política de una sociedad organizada. Antes de la desintegración, es decir, antes de 1812, la parte más fuerte de la sociedad era el círculo mantuano; después de la desintegración, la parte más fuerte era la masa. La masa no estaba con Bolívar, sino con Boves; los restos del mantuanismo no apoyaban a Bolívar porque mal podían apoyar a quien había decretado que todas las propiedades eran del Estado. La única fuerza en que podía apoyarse Bolívar era su ejército, y un ejército sin pueblo, en medio de una guerra, se mueve en el vacío; esto es, carece de poder aunque1-tenga fuerza en hombres y armas. Bolívar, pues, tenía que ser derrotado.

No siempre se ve a la masa en el momento en que se coordina para actuar contra la sociedad. Siendo, como es, un valor social permanente, en tiempos normales se halla como sumergida en el cuerpo social, y allí está, sumergida y sin que se note su presencia, hasta que se presenta la oportunidad para su acción propia. Hoy nos resulta difícil advertir esto debido a que tenemos conciencia diaria de la existencia de la masa; se halla organizada en partidos políticos, en sindicatos obreros y en otros grupos de actuación permanente. Pero al comenzar el siglo XIX —sobre todo en una América sin experiencia de vida política— la masa era una fuerza oculta aún a los ojos de los observadores más sagaces. En esos tiempos, para la gente culta la masa no era sino la chusma, y si se hallaba en rebeldía, había que someterla a hierro y fuego.

Entregado a su idea de un Estado nacional, creado en lucha contra España, Bolívar no veía a la masa venezolana. Para él, sólo había un enemigo al que combatir, y era Monteverde, representación oficial de España; y cuando Monteverde fue depuesto, el enemigo a derrotar era Cajigal, designado sucesor del capitán de fragata canario. Las partidas que andaban por los Llanos eran, a su juicio, bandoleros que se desbandarían con una operación de limpieza tan pronto quedara aniquilada la fuerza militar realista. Eso explica que Bolívar atendiera más al sitio de Puerto Cabello y a la concentración realista que destruyó en Araure, que al creciente poderío que iba tomando Boves en los Llanos de Apure. Tal vez por eso le resultó tan dura la lección que recibió cuando las masas venezolanas, comandadas por Boves, destruyeron su sueño de un Estado nacional. Años después, en el conocido discurso con que abrió las actividades del Congreso de Angostura, diría que “el individuo pugna contra la masa, y la masa contra la autoridad”; y autoridad, en este caso, significaba para Bolívar sociedad organizada civilmente en Estado, no simple mando de un hombre o de un grupo de hombres.

En el misterioso laboratorio de la historia la masa tiene un papel renovador, originado en que es la depositaria de los resentimientos individuales, de las injusticias, las frustraciones, las inquietudes y los dolores que la sociedad, organizada en Estado, provoca en los individuos. De una injusticia, de una frustración, de una inquietud insatisfecha, de un dolor a veces ni siquiera conscientemente valorado, sale una idea renovadora o un deseo de cambio —y a menudo un deseo de destrucción— que va extendiéndose por entre los que sufren, los despojados, los perseguidos, los sometidos, y llega la hora en que esa idea o ese deseo se convierte en una corriente avasalladora, que domina los movimientos de la masa. Se organiza, en una o en otra forma, bajo líderes que saben qué es lo que ella desea o necesita, y cómo deben conquistarse eso que la masa desea o necesita; la masa actúa con una fuerza incontenible.

En los inicios del siglo XIX, la masa no tenía conciencia creadora en ninguna parte, menos aún en América. En esos años, la masa sólo sabía qué cosa no quería, qué cosa odiaba, qué cosa! deseaba destruir; y nada más. Lanzada a la lucha por virtud de sus resentimientos, de sus dolores, de sus odios, era un poder que destruía para igualar; pero no sabía cómo construir, ni qué construir, sobre los escombros de aquello que había destruido José Tomás Boves o Tomás Rodríguez Boves —o Boves a secas— era el jefe de una masa americana en los primeros años del siglo XIX. A esa masa no podían pedírsele propósitos creadores; y así como ella, era su caudillo. Frente a Boves, Bolívar comandaba el instrumento armado de una sociedad que ya no existía. La lucha, pues, fue el encuentro de un ejército sin base social y una masa convertida en ejército. Años después, esa masa con vertida en ejército se pasó a las filas republicanas, y entonces Bolívar la comandó y realizó la obra que había soñado, porque esa masa se integró en la sociedad nueva, que ya no podía ser la mantuana.

Si la masa es parte de la sociedad, es lógico admitir que ésta sólo puede organizarse en Estado en tanto contenga en su seno a la masa. La masa es parte del todo social, pero el todo pierde su razón de ser si le falta la parte. La integración de la masa en el Estado nacional que Bolívar deseaba crear sólo hubiera podido lograrse en 1813 si Bolívar se hubiera puesto al frente de la masa con un programa anti-mantuano; y eso no podía suceder debido a que la república había sido obra de los mantuanos, y debido también en que siendo él, como lo era, mantuano por origen, posición y cultura, le hubiera sido casi imposible volverse de la noche a la mañana anti-mantuano. En 1813 Bolívar no estaba en condiciones de comprender que él estaba sirviendo a la idea de un Estado abstracto, que sólo existía en su mente y que no podía existir en los hechos porque una parte de la sociedad, la más fuerte en ese momento —es decir, la masa— había insurgido contra ella y estaba en lucha con la sociedad.

En 1813, Bolívar era un romántico que no comprendía la raíz de los sucesos en que él mismo era actor de primera categoría. Hasta el final del Año Terrible de 1814, el Libertador creía, con toda la vehemencia de su alma, en los conceptos abstractos de Nación, República, Libertad, todos escritos con mayúsculas en su corazón apasionado. En 1813, Boves, que era la encarnación de la guerra social y estaba a gran distancia de los románticos, aflaba la lanza con que iba a queda destruido el sueño de Bolívar.

El 19 de junio de 1813, el duque de Wellington derrotó en Victoria al ejército francés que se hallaba en España. Ese ejército estaba bajo el mando de José Bonaparte, el rey que su hermano Napoleón impuso en el trono de Fernando de Aragón e Isabel la Católica. Después de la victoria de Wellington, fuerzas inglesas y españolas, aliadas contra Napoleón, avanzaron sobre Francia. Las noticias de esos aconte-

cimientos llegaban a Venezuela y daban alientos a los partidarios de Fernando VII, es decir, a los caudillos de la guerra social. En diciembre, Napoleón comenzó a negociar con Fernando VII el retorno a España del monarca preso. Las fuerzas realistas de Europa, España y América, se reponían después de muchos años de luchas sin mayores esperanzas. Es posible que esa conjunción de fuerzas contribuyera a fortalecer en Bolívar la idea de que el verdadero enemigo a quien debía vencer era el ejército oficial realista, esto es, el comandado por los jefes de tropas regulares, y que en consecuencia prestara poca atención a las hordas de Boves.

Pero esas hordas de Boves eran ya una amenaza seria al comenzar el año de 1814. Bolívar se preocupó, al fin, y mandó al general Campos Elías a hacer frente a Boves en los Llanos mientras él se dirigía a Puerto Cabello para reforzar el sitio de esa plaza. La entrada de los Llanos a la parte norte de Venezuela —la parte poblada y rica donde se asientan Caracas, Valencia, Puerto Cabello, Maracay, La Victoria— es La Puerta, una verdadera puerta de montaña, paso estratégico de fácil defensa para quien lo ocupa. Pues bien, ahí, en La Puerta, destruyó Boves a Campo Elías en los primeros días de febrero del Año Terrible, a pesar de que Campo Elías era quien defendía la posición. Con esa batalla Boves se abrió el camino hacia Valencia, lo que equivalía a decir hacia Puerto Cabello, donde podía reunirse con la guarnición sitiada por Bolívar; pero se abría también el camino de La Victoria y Caracas, si prefería marchar sobre la capital en vez de dirigirse a Valencia.

Temeroso de que Boves siguiera hacia Caracas y de que se rebelaran los prisioneros españoles de La Guaira para unírsele, como año y medio antes se habían rebelado los prisioneros realistas del castillo de San Felipe para unirse a Monteverde, Bolívar ordenó que se les pa-

sara por las armas. Ochocientos españoles fueron ejecutados en pocos días. Y en verdad, tantos prisioneros situados a corta distancia de Caracas eran una amenaza para la República.

Bolívar no había calculado mal: la horda de Boves se dirigió a La Victoria, la antepuerta de Caracas, y estuvo combatiendo en La Victoria y San Mateo —la hacienda familiar de los Bolívar— hasta fines de marzo. En los últimos días de ese mes, Boves tuvo noticias de que Marino se acercaba a San Mateo con el ejército de Oriente, y temeroso de ser cogido entre Marino y Bolívar —que se había puesto personalmente al frente de las fuerzas republicanas en San Mateo—, movió sus tropas hacia el sur, buscando cruzar La Puerta para internarse en los Llanos. Marino cruzó La Puerta antes que Boves y le presentó batalla en la salida de la garganta por el lado norte, en el campo de Bocachica. El Libertador, que esperaba la derrota de Boves, se movió rápidamente hacia el oeste de Bocachica para taponar el único camino por el cual podía retirarse el jefe de la guerra social. Otra vez acertó Bolívar: Marino derrotó a Boves, éste buscó retirarse por el camino de Valencia con la idea de unirse a las tropas realistas que sitiaban Valencia desde que Bolívar se movió hacia San Mateo; en el camino de Valencia los restos de la horda de Boves fueron dispersados por el Libertador, y éste entró en Valencia el 3 de abril. A su llegada, los realistas levantaron el sitio. Parecía que la república de Bolívar se había impuesto a golpes de audacia militar.

Pero la guerra social es un fenómeno de caracteres peculiares. Recuerda a los volcanes activos en que su poder es permanente. Su fuerza no se agota mientras tiene razón de ser en los odios del pueblo, como no se agotan los volcanes mientras tengan lava en las entrañas.

Cuando Boves ordenó el ataque a La Victoria, en el mes de febrero, disponía de 7.000 hombres; cuando huyó hacia los Llanos la noche del 1 de abril, le quedaban sólo 400. Y sin embargo al comenzar el mes de junio reapareció en los Llanos a cabeza de miles de seguidores, tan fieros como los que mandaba dos meses antes. El pueblo engrosaba las filas de Boves sin cesar, como aumenta la lluvia el agua de los ríos.

Entre abril y junio, mientras Boves se rehacía en los Llanos, Bolívar combatió sin descanso. Llevaba en la cabeza el sueño de su Estado nacional y tenía a sus órdenes el ejército de ese Estado abstracto, y con ese ejército combatía creyendo que se trataba de la fuerza armada de una república verdadera. Si hay un momento en la historia americana en que la energía de un hombre se manifestó en todo su esplendor, al grado de que dio entonces, y por siglo y medio más, la idea de que tras él había todo un pueblo, fue durante esos dos meses. Pues Bolívar se movía, organizaba, combatía y vencía sólo merced a la monstruosa energía que desplegaba. Él arrastraba a jefes, soldados y ciudadanos a la lucha y a la muerte con la fuerza de un huracán histórico al que nada podía oponerse.

Unidos los ejércitos de Marino y Bolívar, el Libertador dejó a Marino en Valencia y marchó a Puerto Cabello, dispuesto a forzar la caída de esa plaza. El capitán general español operaba en Coro y Barquisimeto, mientras la columna de Ceballos —también realista— lo hacía al oeste de Valencia. Marino salió a destruir esta última fuerza y quedó derrotado en el Arao. Bolívar abandonó el sitio de Puerto Cabello y retornó a Valencia. Ceballos y el capitán general Cajigal unieron sus ejércitos.

Esto sucedía a mediados de abril de ese Año Terrible de 1814. La victoria de Arao, y las noticias que llegaban de España —favorables a

la restauración de Fernando VII, que volvió al trono, por fin, el 22 de marzo, aunque esto no se supo en Caracas sino en el mes de mayo—daban mayor impulso a las fuerzas realistas de Venezuela. Parecía que nada podía salvar la república.

Pero Bolívar no estaba dispuesto a ceder. Su voluntad, tensa e indomable, mantenía la guerra. No hay ejemplo de energía igual. El 28 de mayo, esa energía parecía a punto de ser premiada por el dios de la historia, pues ese día el Libertador se enfrentó a Cagigal y Ceballos juntos en la primera batalla de Carabobo; y él mismo dio la carga de caballería que desmoralizó el centro enemigo, donde estaba la artillería realista, con lo cual toda la línea realista perdió su orden, y con él la batalla.

¿De qué podía valer, sin embargo, una victoria tan brillante? Pues la guerra social estaba en marcha, y el 15 de junio —diecisiete días después— el Libertador fue destrozado por Boves en la segunda batalla de La Puerta.

El ejército vencedor de Carabobo quedó deshecho allí, y muchos mantuanos de campanillas murieron a lanzazos. Los caminos hacia Caracas se llenaron de fugitivos de todos los lugares de la zona central, y los llaneros de Boves los lanceaban sin piedad.

Boves, que no se distraía persiguiendo fugitivos, se lanzó sobre Valencia, la sitió durante tres semanas y la tomó el 10 de julio. Tres días antes, el Libertador salía de Caracas encabezando la doliente emigración a Oriente; muertos de sed, de hambre, de cansancio, se abrían camino por la costa huyendo de las hordas llaneras.

Mientras tanto Boves desataba el terror en Valencia y después se dirigía a Caracas, donde entró el 16 de julio entre juegos de artificio, música, repique de campanas en todas las iglesias, y se le ofreció un Tedeum en acción de gracias por sus victorias, que cantó el arzobispo de la capital.

El jefe de las hordas llaneras, el que mató gente dentro de los templos, al pie de los altares, fue alojado con toda ceremonia en el palacio arzobispal.

Los esclavos y sus hijos, los libertos y los mulatos y los zambos de Venezuela, a quienes Boves comandaba y representaba, habían domado, al fin, a los altivos mantuanos que les habían sembrado en el alma la semilla del odio.

XIII EL TRÁNSITO DE LA GUERRA SOCIAL A LA INDEPENDENCIA

Aunque con la muerte de Boves terminaba la guerra social, no podemos pensar que Boves hizo toda la guerra social. En realidad, el gran jefe que fue Boves actuó como jefe sólo en el año 1814, y la guerra social había durado tres años, desde marzo de 1812. Boves fue el fruto de la guerra social; desde el punto de vista de las masas que hicieron esa guerra, el mejor fruto, el más sazornado y el más legítimo. Cuando la guerra social comenzó, ni los adivinos mejor dotados y más atrevidos hubieran podido anunciar la ascensión de Boves hacia la jefatura de las masas; como los adivinos más osados hubieran sido incapaces de profetizar en 1910 que Emiliano Zapata y Pancho Villa, dos desconocidos del pueblo, iban a ser los grandes jefes de la revolución mexicana.

A Boves lo produjo la guerra social, la movilidad tremenda que esa guerra determinó. El feroz asturiano estaba en Venezuela, y vivía del comercio ambulante en los Llanos de Guárico, cuando comenzó la guerra, y allí hubiera vivido hasta su muerte si no se hubiera dado la guerra social. Sus cualidades hubieran ido con él a la tumba o se hubieran manifestado en la actividad que había escogido como medio de vida, y por enérgico y conocedor de los hombres, hubiera llegado a ser un comerciante rico. Pero la guerra social fue la oportunidad para que sus condiciones de jefe se impusieran. Así, fue un fruto que maduró y realizó su destino a cabalidad.

Al proclamar la independencia de Venezuela, los nobles mantuanos que se habían propuesto organizar el país para gobernarlo ellos, en defensa de sus intereses, no sospechaban que el pueblo iba a rebe-

larse contra los que hasta ese momento habían sido sus jefes naturales. Con una ingenuidad suicida, que se ha producido muchas veces en la historia, creyeron que las masas no tenían ideas ni sentimientos ni fuerza; creyeron que las masas seguirían ciegamente lo que ellos dijeran. Hasta un líder tan excepcional como Simón Bolívar fue incapaz de atribuirle, en los primeros tiempos, capacidad de decisión a la masa, porque la capacidad de decisión de la masa reside en un caudillo, en el que la dirige, y Bolívar no alcanzó a ver ese caudillo sino después de la primera batalla de La Puerta. Fue esa batalla la que le hizo abrir los ojos y ver que Boves era el jefe de la guerra social, y que a su lado, los jefes realistas con carácter oficial, como Cajigal y Ceballos, no representaban sino una abstracción.

Al comenzar la guerra social, los robos eran más que los crímenes; y el propio Bolívar, que necesariamente, por razones de utilidad política, debía exagerar la actuación de sus enemigos, habló poco de asesinatos y torturas y mucho de exacciones y despojos cuando escribió sobre los sucesos de 1812. En septiembre de 1813, cuando ya era Libertador de Venezuela, escribiendo desde Valencia — es decir, en el propio terreno de los hechos— sobre los días en que la capitulación de Miranda entregó el poder a Monteverde, decía que “partidas de isleños, catalanes y otros europeos” comenzaron a prender a los criollos. Refería:

“Viéronse los hombres más condecorados del tiempo de la República arrancados del seno de sus mujeres, hijos y familias en el silencio de la noche; atados a las colas de los caballos de los tenderos, bodegueros y gente de la más soez: conducidos con ignominia a las cárceles: llevados a pie unos y otros en enjalmas amarrados de pies y manos hasta las bóvedas de La Guaira y Puerto Cabello: encerra-

dos allí con grillos y cadenas y entregados a la inhumana vigilancia de hombres feroces, muchos de ellos perseguidos en el tiempo de la revolución...”

(Nótese que Bolívar pensaba, como los antiguos mantuanos, que los tenderos y bodegueros —los pequeños comerciantes— estaban entre la “gente más soez”; pero esto era parte de los resabios de su grupo social, que no tardarían en desaparecer en Bolívar).

La nobleza criolla huyó de las ciudades, pero allí adonde fue a refugiarse, allí fue a buscarla la guerra social. Bolívar lo dice en esta forma:

“...huyeron a los montes a buscar seguridad entre las fieras, dejando desiertas las ciudades y los pueblos, en cuyas calles y caminos públicos no se veían sino europeos y canarios cargados de pistolas, sables y trabucos, echando fieros, vomitando venganzas, haciendo ultrajes sin distinción de sexos y cometiendo los más descarados robos, de tal manera, que no había oficial de Monteverde que no llevase puesta la camisa, casaca o calzones de algún americano a quien había despojado; y aun algunos oficiales que hacían de comandantes de las plazas como el de La Guaira, el atroz Cerveris, entraba en las bóvedas de aquel puerto con el objeto de cubrir de dicterios a las mismas víctimas de cuyos despojos se hallaba vestido de los pies a la cabeza”.

Bolívar no hablaba de crímenes, sino de robos, y los achaca a los españoles, a los jefezuelos de las tropas que comandaba Monteverde; pero la verdad es que tanto como esos jefezuelos españoles y canarios, robaban los venezolanos que iban con ellos. Dice Bolívar que

ésos de quien él habla “haciéndose... dueños de todo”, que “ocuparon las haciendas y casas de los vecinos; y destrozaban lo que no podían poseer”. Como se advierte, la guerra social empezó por la igualación de la propiedad, mediante la apropiación y la destrucción de lo que tenían los mantuanos.

Pero a medida que avanzaban los meses la situación se hacía grave y del robo se pasaba al crimen. Ya en diciembre de ese año de 1813, Bolívar reconocía que su proclama de guerra a muerte había fracasado, por lo menos en el propósito de llevar a los venezolanos al lado de la república. Decía:

“... nuestros compatriotas... se han prestado a ser el instrumento odioso de los malvados españoles... y los unos entregados al robo han establecido en los desiertos su residencia, y los otros huyen por los montes, prefiriendo esta suerte desesperada a volver al seno de sus hermanos...”

Y aseguraba el indulto a:

“todo americano que se presente al juez de su pueblo u otra cualquiera autoridad pública, en el término de un mes... y no se le perseguirá en manera alguna por haber servido en el ejército español o por haberse alistado en las cuadrillas de salteadores”.

Esas “cuadrillas de salteadores” eran los que estaban haciendo la guerra social.

El Año Terrible llegaba. En febrero de 1814 Bolívar lanzó una proclama que comenzaba así:

“Un jefe de bandidos, conocido por su atrocidad, el perverso Boves, ha podido penetrar hasta la Villa de Cura, reuniendo esas cuadrillas de salteadores esparcidos en los caminos de los Llanos”. Y en el mismo mes de febrero, el día 24, contaba como Zuazola había aniquilado a los pobladores de Aragua, cómo eran los hombres desollados de las plantas de los pies y obligados a caminar por caminos pedregosos después del desuello; cómo se les cortaba a los barbudos el cutis de la cara con barba y todo, cómo en Cumaná se desorejaba a vivos y muertos y se adornaban las casas realistas con esas orejas clavadas en las paredes. “Partidas de bandidos salen a ejecutar la ruina. El hierro mata a los que respiran; el fuego devora los edificios y lo que resiste al hierro. En los caminos se ven tendidos juntos los de ambos sexos; las ciudades exhalan la corrupción de los insepultos”, dice, en lengua que parece bíblica.

Bolívar, pues, reconocía que la guerra social estaba desatada.

En la proclama del 24 de febrero pretendía justificar la muerte de los ochocientos prisioneros españoles que tenía la república en La Guaira diciendo que iban a sublevarse de acuerdo con las partidas de Rósete — jefezuelo realista — que merodeaban “distante de Caracas sólo el tránsito de siete horas”, por Ocumare, donde los partidarios de la República:

“son mutilados sin diferencia de sexo, ni edad: tres en el templo y sobre los altares; trescientos troncos de nuestros hermanos están esparcidos en la calles y cercanías del pequeño pueblo: en las ventanas y en las puertas clavan aquellas partes de sus cuerpos que el pudor prohíbe nombrar”.

La guerra social fue, pues, extendiéndose por todo el país y al mismo tiempo creciendo en intensidad, yendo del robo al crimen, y del crimen aislado al colectivo, hasta que el 24 de marzo del Año Terrible de 1814, Bolívar, en reconocimiento de que ya esa guerra era incontenible, confesaba: “Los bandidos han logrado lo que ejércitos disciplinados no habían obtenido”. Con esa frase, Bolívar admitía que “los bandidos” eran ya una fuerza organizada; y lo eran, sin duda, puesto que habían hallado un jefe que decidía por ellos, que los unía, los conducía y los llevaba a matar y a morir. Boves, en fin, dio trama y dirección a la guerra social, y la muerte de Boves descabezó a las fuerzas que hacían la guerra social.

Pero no debe pensarse que la muerte de Boves produjo la paz. Después de Úrica no hubo grandes batallas durante algún tiempo, pero no hubo una paz absoluta porque se siguió combatiendo, aunque en pequeña escala, en diversos puntos del país.

Puede decirse que entre el final de la guerra social capitaneada por Boves y el inicio de la verdadera guerra de independencia, que iba a organizarse en 1817, hubo una especie de intermedio de guerra civil llevada a cabo en varios puntos del país; una guerra de guerrillas que hacían criollos partidarios de la república contra criollos partidarios del rey, con algunos españoles en ambos bandos, y que esa guerra de guerrillas comenzó a definirse en el sentido de una especie de preguerra de independencia a mediados de 1815, gracias a la expedición de Morillo.

El mariscal de campo don Pablo Morillo llegó a las costas de Venezuela a principios de abril de 1815, con un ejército español de más de diez mil hombres. Fernando VII, que se sentía seguro ya en su trono, quería paz en el imperio americano; pero una paz impuesta a cañonazos.

La expedición de Morillo marcó el punto de partida de la definición de la guerra debido a que le quitó el aspecto de contienda civil entre venezolanos y le dio el aspecto de lucha de venezolanos contra españoles. En buena cuenta, los hombres de Boves, sin Boves, no tenían por delante ya más venezolanos a quien matar ni despojar, por lo menos venezolanos blancos y ricos, pues de hecho, no quedaban venezolanos de esa clase; y por otra parte sucedía que los soldados que Morillo llevaba a Venezuela no tenían nada que ver con los hombres de Boves; no eran sus amigos, no les ofrecían seguridad alguna. Los canarios, los catalanes, los asturianos y los vascos que vivían en el país desde los días de la colonia se habían mezclado con los criollos, y algunos de ellos se apegaron tanto a la gente venezolana que murieron combatiendo contra los realistas. Unos eran agricultores, otros eran pulperos, otros eran artesanos, otros eran pescadores; habían pasado parte de su vida en los Llanos, en La Guaira, en Valencia, en Caracas; el que más y el que menos tenía hijos mestizos o amigos mulatos o compadres zambos. Pero esos soldados de Morillo eran verdaderamente extranjeros, gente que no tenía ninguna vinculación con el país; gente que llegaba desde España dispuesta a matar venezolanos, y desde el primer momento llegaba con una actitud de enemigo.

Ningún acontecimiento histórico se produce en cortes nítidos. Hubiera sido de tontos esperar que al pasar de guerra social a guerra de independencia, la lucha de Venezuela lo hubiera hecho de un día para otro y dejando de golpe en el pasado todas sus características de guerra social. Ésta iría reduciéndose gradualmente o iría tomando poco a poco su debida proporción, pero no desaparecería del todo. Iría en el morral de los soldados de la independencia, como una semilla siempre viva. Los llaneros, los libertos, los mulatos y los zambos, ascenderían de batalla en batalla, ganarían preeminencia según avanzara la marcha de la historia; pero entre ellos habría muchos que llegarían a los grados más altos

sin dejar de ser díscolos, dañinos a la disciplina de los ejércitos republicanos e incapaces de adaptarse a ambientes de paz y orden.

Cuando Morillo estaba en Caracas, Bolívar estaba en Cartagena. Morillo se dio cuenta de que Nueva Granada y Venezuela formaban una unidad geográfica y militar, a pesar de la Cordillera de los Andes, y sin perder tiempo se dirigió de Venezuela a Nueva Granada, tomó Bogotá —donde fusiló a unos cientos de patriotas— y puso sitio a Cartagena. Con Cartagena en poder, suyo, el general español dominaba toda la costa venezolana del Caribe. Bolívar había pasado a Jamaica y de esa isla se fue a Haití en diciembre de 1815.

Bolívar estuvo dos veces en Haití, ambas en 1816, además de los siete días finales de 1815. Pocos meses antes de su primer viaje se refirió a Haití, como dijimos en el capítulo XI, con las palabras de “el ejemplo de Santo Domingo”, de lo cual podría inferirse que había estado estudiando la situación haitiana desde antes de ir a ese país.

En Haití, el joven Libertador consiguió ayuda del presidente Alejandro Petión y al comenzar el mes de mayo de 1816 llegaba a la isla Margarita al frente de una flotilla con unos doscientos cincuenta expedicionarios. En Margarita fue reconocido como jefe supremo de las fuerzas libertadoras de Venezuela, con Marino como segundo jefe; e inmediatamente comenzó a actuar. El día 8 de mayo proclamó el final de la guerra a muerte, aunque condicionado, pues si los españoles seguían haciendo ese tipo de guerra, “tomaremos una justa represalia y seréis exterminados”. En Carúpano, el 2 de junio, decretó la libertad de los esclavos y al mismo tiempo ordenó la incorporación de todos ellos al ejército libertador, “desde la edad de catorce hasta los sesenta años”. En Ocumare, el 6 de julio, abolió otra vez, sin condiciones, la guerra a muerte y la esclavitud.

Bolívar, pues, reconocía a mediados de 1816 que ya no había guerra social y de manera implícita admitía que quedaban sus gérmenes y que había que evitar que esos gérmenes evolucionaran como lo habían hecho años antes. La guerra social se había producido porque había habido injusticia social; y aunque no hay duda de que al libertar a los esclavos Bolívar cumplía una promesa hecha a Petión, tampoco debe haber duda de que Bolívar había acabado dándose cuenta de que la guerra social había tenido razón de ser, entre otras causas, en la esclavitud.

Después de su llegada a Carúpano en 1816, Bolívar despachó a Mariño a Güiria—hacia el este— y a Piar hacia Maturín, mientras él se dirigía por la vía de la costa al centro vital del país, que era Caracas. Su plan era tomar Ocumare de la Costa, entre La Guaira y Puerto Cabello, y lanzarse sobre Caracas, tal vez porque pensaba que si tomaba la capital mediante un golpe de audacia sería inmediatamente reconocido jefe del gobierno revolucionario por los jefes de las diversas guerrillas que estaban operando en regiones apartadas de Venezuela. La operación fracasó y Bolívar se dirigió a Güiria, donde halló a Mariño y a Bermúdez rebelados contra él. De Güiria embarcó otra vez hacia Haití, y hasta Haití le llegó una solicitud de los jefes de las guerrillas venezolanas para que volviera a hacerse cargo del mando supremo. El presidente Petión volvió a ayudarlo, y al finalizar el mes de diciembre de 1816, el joven caudillo se encontraba en Margarita, y el primer día de 1817, en la tierra continental de la antigua Costa Firme.

En ese momento, agotada del todo la guerra social, iba a comenzar la verdadera guerra de independencia, hecha por los mismos soldados que con Boves habían destruido la República. Esos antiguos llaneros realistas, bajo el mando de jefes republicanos, iban a llegar hasta Potosí derrotando ejércitos realistas.

Bibliografía

Bosch, J. (2007). *Bolívar y la guerra social*. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial el perro y la rana.

DESARROLLO DE LA GUERRA SOCIAL Y EL PAPEL DE BOLÍVAR

En este texto el autor muestra el tratamiento político que se le dio a la guerra social venezolana en el tránsito hacia la independencia, donde el Libertador Simón Bolívar tuvo un papel determinante. Bolívar pensaba y actuaba en términos de sociedad, dirigiendo su lucha a la creación de los Estados, mientras que su opositor José Tomás Boves, actuaba en términos de masas, una masa que se encontraba en Guerra. Juan Bosch, señala que entre el final de la guerra social capitaneada por Boves y el inicio de la verdadera guerra de independencia, que iba a organizarse en 1817, hubo una especie de intermedio de guerra civil llevada a cabo en varios puntos del país. Este texto contiene elementos que fueron el resultado que origino El año terrible de Venezuela y la llamada Guerra Social.

JUAN BOSCH (REPÚBLICA DOMINICANA 1909-2001)

Juan Emilio Bosch Gaviño, fue un cuentista, ensayista, novelista, narrador, historiador, educador, político dominicano. Nació el 30 de junio de 1909, en Concepción de la Vega, República Dominicana y falleció el 1 de noviembre de 2001, en la ciudad de Santo Domingo. Es reconocido como una de las grandes personalidades latinoamericanas del siglo XX. Entre sus obras literarias destacan Cuentos La Mujer (1933), Camino Real (1933), La Bella Alma de Don Damián (1939), Dos Pesos de Agua (1941), Maravilla (1946), En Un Bohío (1947), Callejón Pontón (1948), La Muchacha de La Guaira (1955), Cuentos de Navidad (1956), Cuentos Escritos en el Exilio (1962).